

rico con sus bendiciones espirituales y ofrecer por él el sacrificio de sus oraciones y trabajos.

Y así, católicos, todos los días vemos unas almas sencillas, nacidas en el estado mas vil y despreciable, favorecidas de los mas extraordinarios dones; de una inocencia sin igual, de una fe incontrastable, de una conciencia tan delicada, que se ofende solamente de la apariencia del pecado; de una oracion tan elevada, que admira á aquellos á quienes confían con sencillez las operaciones de la gracia en su alma, al mismo tiempo que los que habitan en los palacios de los reyes apenas conocen las primeras verdades de la religion; al mismo tiempo que vemos todos los días á algunas personas de cierta clase, que llegan á envejecerse sin pensamiento alguno de fe ni de devocion, que conservan en la edad decrépita el mismo gusto al mundo, la misma embriaguez por la corte, por el favor, por los placeres, el mismo pesar por el mas leve desaire del soberano, que en la edad mas viva y floreciente, y que aunque hagan algunos esfuerzos para entablar una vida mas cristiana, hallan siempre en ella mucho disgusto y repugnancia, y se les hace insufrible é insípido todo lo que se ordena á su salvacion.

Esta ha sido en todos tiempos la conducta de la gracia; los grandes dones siempre han estado reservados para las personas mas viles segun la carne; los poderosos del mundo no son tan á propósito para los designios de Dios, y si alguna vez se sirve de ellos su sabiduría, es valiéndose de sus pasiones, ó para castigar la soberbia de los pecadores ó para ejercitar la fe de los justos.

En segundo lugar, en la prosperidad no son tan abundantes las gracias, porque, como dice San Agustin, los favores temporales son recompensa que la justicia divina

concede regularmente á algunas virtudes naturales de los pecadores, para tener mas derecho de excluirlos para siempre de las promesas de la gracia. Acaso por razon de un buen natural sois sincero, afable, fiel en vuestras palabras, equitativo en vuestros juicios, amigo fiel, príncipe generoso, enemigo de la violencia y de la injusticia; estas virtudes, destituidas absolutamente de caridad, obra de la naturaleza é inútiles para la eternidad, son útiles para el mundo presente; con ellas se mantiene la paz de los Estados, la tranquilidad de las familias, la buena fe de los comercios y el orden de la sociedad; Dios, pues, halla en el mundo con qué recompensar unas virtudes puramente mundanas; proporciona favores temporales á unos justos temporales, por decirlo así, porque este Juez equitativo ninguna virtud deja sin recompensa, como tampoco ningun delito sin castigo. Pero estas recompensas son terribles á los ojos de la fe; son como unas exclusiones de aquella gracia que forma los santos y unos favores que dispensa Dios en su indignacion.

Bien sé que esta regla no es universal, y que el justo ve algunas veces *la paz en su virtud y la abundancia en su casa*.¹ Pero estas excepciones son muy raras, y á nadie deben asegurar, y particularmente vosotros, si no os valeis de la prosperidad mas que para hacerla servir á la felicidad de vuestros sentidos y vivir en la torpeza y en el olvido de Dios, teneis gran motivo para temer y deciros continuamente á vosotros mismos: Acaso estoy recibiendo mi recompensa en este mundo; yo no siento dentro de mí mismo deseo alguno vivo de salvacion, ni impresion alguna de la gracia que me guie á una sólida penitencia. Entre todos los negocios el

¹ Psalm. 121. v. 7.

de la eternidad es el que menos me mueve y me interesa. Yo hallo en mí inclinaciones á mis amigos, al favor, á la fortuna, al adelantamiento y elevacion de mi casa, al servicio del príncipe y á la gloria de la nacion; pero no hallo deseo alguno de mi eterna salud, y el corazon nunca me habla en órden á las obligaciones de la religion y al servicio del Rey de los reyes de la tierra ¡Oh gran Dios! ¿es posible que me habeis de haber abandonado interiormente, cuando en el exterior me estais llenando de favores? ¡Ah! castigadme en la tierra y reservadme vuestros dones para una vida mas permanente: si el estado en que me colocó mi nacimiento sirve de obstáculo á mi salvacion, degradadme de él, ¡oh Dios mio! y haced que vuelva á caer en el polvo de que salí; el estado que mas me acerque á vos será siempre para mí el mas amable, y preferiré al trono mismo el muladar en que Job estaba sentado, si esto fuese necesario para agradaros. Estas son, católicos, las disposiciones que deben hallarse en vosotros.

Finalmente, en el estado de prosperidad no son tan abundantes las gracias, porque muchas veces no es este estado el que Dios nos habia preparado en su misericordia, y solamente permite que seamos colocados en él para conformarse con nuestros depravados deseos, y en vez de pedirle su gracia, que debilite nuestras pasiones, y los dones eternos, nunca le ha dirigido nuestro corazon súplicas y deseos sino para la tierra y para los bienes y gloria que estima el mundo.

Registrando el Señor nuestros corazones é indignado de no hallar en ellos cosa alguna digna de su Majestad, se ha acomodado á nuestros deseos y nos ha castigado con favorecerlos, como dice San Agustin. Ha sido para nosotros un Dios terrible cuando se nos ha manifestado propicio;

nos ha abierto los mas felices caminos para que consigamos nuestros intentos; ha apartado todos los obstáculos que podian oponerse á nuestros ambiciosos fines; ha juntado las circunstancias menos esperadas para conducirnos al término de nuestros deseos; nos ha llevado él mismo sobre sus alas, por decirlo así, á lo alto de la rueda, á donde hemos llegado con tanta rapidez: no obstante, sus primeros desig-nios para con vosotros eran el prepararos el camino de los disgustos y de las desgracias, como el mas seguro para vuestra salvacion y el mas conveniente á la fragilidad de vuestro corazon y á la naturaleza de vuestras inclinaciones: le habeis obligado, si es lícito decirlo así, á que mude este órden, se ha visto precisado á seguir vuestros proyectos, cuando vosotros debiérais haber seguido los suyos; pero como esa prosperidad no es obra suya, en castigo de ese desórden no toma parte en ella; os entrega á todos los peligros de un estado en que solo os ha puesto para castigar el ansia con que le deseásteis, os deja en manos de vuestras pasiones y en los caminos que ellas misma se han fabricado; sois á su vista como aquel Hijo Pródigo; le habeis obligado á que os entregue unos bienes que no os habia destinado su sabiduría, y despues os deja andar entregados á vuestros desordenados deseos, sin ejercitar con vosotros los cuidados y amor de padre. Si vuestra elevacion fuera obra suya, los escollos que nunca pueden faltar se mudarían para vosotros en medios de salvacion; pero siendo obra de vuestras pasiones, los mismos medios de salvacion que en ella pueden hallarse, se os convertirán en escollos.

Es cierto, pues, que la prosperidad es un obstáculo para la penitencia, porque en este estado son mas raras las gracias con que se forma el arrepentimiento; pero además de esto, digo en segundo lugar, que la prosperidad es obstácu-

lo para la penitencia, porque pone en el corazón infinitas oposiciones á las gracias de conversión que pudiera Dios conceder á los grandes y felices de la tierra; segunda razón, y los motivos en que la fundo son los siguientes.

Primeramente, pudiera decirse que uno de los medios más eficaces de que Dios se vale para atraer á sí un pecador, es la instrucción y el celo de los ministros de la penitencia que le hablan en el sagrado tribunal con toda la sinceridad que Dios les inspira; pero los grandes del mundo no gustan de oírlos, ó por una oposición natural á la verdad, ó porque el ministro, por una cobardía indigna de la santidad y autoridad del sacerdocio, no se atreve á decirse-la; lo cierto es que los grandes y poderosos rara vez hallan hombres fieles á su ministerio y en los que no se vea apriñonada la palabra de Dios cuando se trata de entrar en juicio con su conciencia; los Natanes y los Bautistas no son para todos los siglos. Solamente la presencia de los grandes basta para acobardar la verdad en nuestras bocas; tememos á los que debiéramos instruir, respetamos sus pasiones como su clase y sus títulos, el juez tiembla en la presencia del reo, el que ha de pronunciar la sentencia parece que él mismo la espera del culpado á quien debe condenar, y con tal que no alabemos sus delitos, casi nos alabamos de haber tenido valor para tolerarlos. Los ministros, aun los más rectos, están persuadidos á que en esto es necesario usar de condescendencia; se valen de arbitrios que ofenden la obligación, acomodan la regla á las pasiones en vez de juzgar las pasiones por la regla, ponen excepciones en donde no debieran poner más que la ley: de este modo nunca se les manifiesta la verdad á los grandes sino bajo un velo de mitigaciones y respetos, y rara vez hacen penitencia, porque rara vez se les instruye. De esto

se quejaba en otro tiempo Jeremías: *Propheta tui viderunt tibi falsa, et stulta, nec aperiebant iniquitatem, ut te ad penitentiam provocarent.*¹

Pero quiero conceder que los grandes y poderosos hallen ministros que no hagan distinción de personas según la carne, porque aun hay profetas en Israel; la gracia de la penitencia es una gracia de docilidad y de sumisión; es preciso entregarse enteramente á la mano que nos guía, sujetar el genio á los consejos útiles, y saber caminar por sendas que no nos hayamos escogido nosotros mismos. Pero vosotros, que estáis acostumbrados á ver que todos los que andan al rededor de vosotros ceden á vuestros dictámenes, respetan vuestros errores y aplauden hasta vuestras locuras, nunca podéis resolveros á dejaros gobernar por las impresiones de un director ilustrado; le queréis atraer á vuestro parecer en vez de caminar á la verdad con él y por medio de su dirección; pretendéis que respete lo que debiera censurar, intentáis imponer leyes, cuando debierais sujetaros á las que se os imponen: Naamán elevado á los primeros puestos de una corte soberbia, escucha burlándose los sábios consejos del profeta Eliseo, y tiene por simpleza el remedio que le señala el hombre de Dios y la santa autoridad de su ministerio. Queremos ser grandes en donde solo debemos ser penitentes.

Otra razón: algunos grandes van al tribunal de la penitencia muy pagados de su entendimiento y preciados de una capacidad sublime, que siempre se opone á la gracia de la penitencia, porque ésta es una gracia de sencillez y de infancia cristiana. Si el ministro santo no habla según el estilo del mundo, si no atiende á las preocupaciones

¹ Jerem. Thren. cap. 2. v. 14.

anexas al puesto y al nacimiento, si los anuncia las mismas verdades que al comun de los fieles, si los señala las mismas obligaciones, si los pronostica las mismas desgracias y las mismas penas, si halla en sus pasiones la misma enormidad, si los aconseja los mismos remedios, tratan su celo de simpleza, y sus talentos no son mas que una ignorancia del mundo y de sus costumbres; no le juzgan á propósito para guiar á la salvacion á las personas de cierta clase; parece que para ellos hay otro Evangelio distinto del del pueblo, que en Jesucristo hay distincion de griego y de bárbaro, de noble y de plebeyo, y que para guiarlos á la salvacion se necesita de otra ciencia distinta de la de los santos.

Luego la gracia de la penitencia halla infinitos obstáculos en los corazones de los grandes y felices del mundo; pero aun los halla mas invencibles fuera de su corazon y en los efectos de la prosperidad; última razon.

No quiero deciros, primeramente, que un corazon feliz con la abundancia nada busca fuera de sí, que nada aviva su amor á los verdaderos bienes, porque este amor está como dormido y saciado con los bienes aparentes. La gracia necesita pérdidas, disgustos, aflicciones, y casi nada puede con las almas que viven en la prosperidad. ¿En qué se ocupaba el rico del Evangelio en medio de su abundancia? En derribar sus trojes y edificar otras nuevas; despues en descansar, comer, beber y regalarse sin pensar en Dios: no recurrimos al Señor sino cuando no somos bastantes para nosotros mismos; no buscamos el descanso en el Autor de nuestro ser sino cuando no le hallamos en las criaturas. Adonías no abraza el altar hasta que ve decretada su muerte; Manasés no invoca al Dios de sus padres sino en el horror de su prision y bajo el peso de sus cadenas; el Hijo pró-

digo no piensa en restituirse á la casa paterna hasta que empieza á experimentar los rigores del hambre. Vosotros mismos que me estais oyendo os habeis vuelto á Dios, en aquellos instantes en que os ha afligido, y entonces abristeis los ojos para ver el engaño de este mundo miserable; pero luego que volvió el favor y la prosperidad, se restituyeron á vuestra imaginacion ideas mas agradables y halagüeñas, y os entregásteis al mundo luego que el mundo volvió á entregarse á vosotros; os hubiérais salvado por el camino de los disgustos y de las aflicciones, y pereceréis en la prosperidad.

¿Pero qué seria si yo examinase aquí el abuso que habeis hecho de vuestras dignidades, de que habeis de dar rigurosa cuenta en el tribunal de Jesucristo y por el que estais obligados á infinitas restituciones, sin las que vuestra penitencia siempre será falsa y reprobada de Dios? ¡Oh qué nuevos abismos, si la brevedad de un discurso permitiera examinarlos! Si habeis sido alguno de los jefes de los ejércitos de Israel, ¡qué libertades, qué robos, qué violencias! ¡de cuántas públicas y particulares desgracias os pedirá Dios cuenta algun dia! Si por razon de vuestros empleos habeis estado al frente de los pueblos y de los públicos negocios, ¡cuántas personas indignas favorecidas! ¡cuántos sucesos públicos y funestos acaso han tenido su origen ó en vuestras secretas envidias ó en vuestros particulares intereses! ¡qué injustas condescendencias han alcanzado acaso de vosotros el favor, la amistad, la sangre, y aun puede ser las conexiones pecaminosas! ¡cuántos abusos, ó tolerados por vuestra negligencia, ó autorizados por vuestros ejemplos! ¡cuántas quejas mal oidas, cuántas opresiones disimuladas, ó por no molestarse en examinarlas, ó por no desacreditar la eleccion que habeis hecho, y descubrir las ini-